

de la agonía brotaba de su boca: «Patria». En las postreras convulsiones, su sangre llevaba el último deseo: «Progreso». Y morían sirviéndoles de mortaja el símbolo sagrado que otros hacían girones: Iturbide, Santa-Ana, Márquez, etc., etc. Se pueden agregar nombres; pero es superfluo, si esos nombres vibran dentro del pecho nacional.

¡Cuán árduo trabajo se necesita para arrancar tal doctrina! El ejército es la condensación de todos los ideales, de todos los querereres: es la cristalización de la honradez y abnegación. El militar es el sacerdote de la moralidad, es el apóstol del cumplimiento del deber, es el esclavo del honor. La Patria, para sus primeros y mejores guardianes, requiere seres incólumes de maledicencia, incorruptibles. ¿Acaso no es necesario el orden en todo? ¿No aún en los más insignificantes quehaceres se requiere el cumplimiento del deber? Pues para los centinelas del orden e integridad nacional, deben de ser los escogidos: los que su propio honor los estimule a obrar siempre bien. El ejército no es la cadena opresora que extorsiona; no debe de ser el que con mano férrea absorva al hombre y lo haga inconsciente, ¡no! él es la luz que enseña la mejor manera de formar violentamente una granítica mole ante quien pretenda cualquiera violación; de poner en un momento dado la cantidad mayor de soldados para la defensa nacional, y para ésta todo ciudadano honrado se tiene que prestar.

Pronto quizá tendremos la suerte de comenzar a ver lo que es ejército, pues los principales próceres de la revolución han comprendido la necesidad urgente de ponernos en estado de defensa. ¿Qué, si porque en nuestras venas corre sangre india, no podremos hacer